

# Poseído

por el espíritu de **Juancho Polo**

*\*Sebastián Polo Hernández, el hijo del juglar Juancho Polo Valencia, cuenta que está poseído por el espíritu del legendario acordeonero y no le ha permitido mostrar su obra. Parece una extensión del autor de Alicia Adorada.*

✓ TEXTO Y FOTOS:  
**WILLIAM AHUMADA MAURY\***

En las cuentas de Sebastián Polo Hernández está claro que el espíritu del viejo Juancho Polo Valencia pudo haberlo poseído en la madrugada del 22 de julio de 1978.

Para entonces, Juancho Polo Valencia, el juglar, llevaba más de una década inmerso en una vida azarosa, sin rumbo, suicida, sin ambiciones, y nunca había hecho lo que hizo esa noche calurosa de julio, después de beber

con desenfreno y de cambiar su talento por licor durante cuatro días consecutivos en las fiestas de Aracataca.

Sebastián Polo Hernández ya vivía en Fundación y su padre Juancho Polo Valencia se había venido a vivir a su casa. Los recuerdos y el sentimiento de culpa tras la muerte de Alicia Carrillo, su primera esposa, lo habían convertido en un hombre solitario, que vivía sin saber vivir y que parecía encontrar en el licor y los aplausos de sus seguidores pequeñas dosis de felicidad que se

evaporaban con el sopor de los tragos, cuando se hundía borracho en su hamaca.

“Llegó como a las diez de la noche, me llamó, preguntó por mi mamá, pero no fue a verla. Se notaba que quería acostarse porque no quiso comer. Luego me llevó abrazado a su cuarto y me entregó su acordeón más valiosa. Pidió que lo reemplazara en una parranda en casa de la familia Cantillo, en el centro de Fundación, que lo acababan de contratar. ¡Eso no lo había hecho mi papá nunca!... Me dijo que

*\* William Ahumada Maury es periodista egresado de la Universidad Autónoma del Caribe. Reportero con 28 años de experiencia profesional en radio, prensa y televisión. Especializado en crónicas humanas, ganó el premio de periodismo “Mario Ceballos Araújo” de la Universidad Autónoma del Caribe en el 2003. Es catedrático de Uniautónoma y Esap y candidato a Magister en Gerencia de Comunicaciones de la Universidad del Zulia, Venezuela.*

“El hecho simple de tomar contra su pecho el acordeón del juglar más afamado de la región de los Montes de María en todos los tiempos, lo era todo para Sebastián, quien para entonces tenía 32 años de edad y sólo había tenido la bendición del viejo sólo para tocar, muy de vez en cuando, la caja o la guacharaca en una que otra parranda del mismo municipio de Fundación”

*Sebastián Polo, el hijo de Juancho Polo Valencia, ha querido continuar con la tradición del viejo juglar.*



se sentía cansado y que, apenas llegara, lo llamara para ver cómo me había ido. Cuando llegué lo encontré muerto y mi vida enseguida cambió”, cuenta 35 años después Sebastián Polo Hernández, uno de los hijos mayores del legendario cantor popular.

El hecho simple de tomar contra su pecho el acordeón del juglar más afamado de la región de los Montes de María en todos los tiempos, lo era todo para Sebastián, quien para entonces tenía 32 años de edad y sólo había tenido la bendición del viejo sólo para tocar, muy de vez en cuando, la caja o la guacharaca en una que otra parranda del mismo municipio de Fundación.

“Mi padre era un hombre simple en sus cosas, pero de decisiones de hierro. Me señalaba, sin hablar mucho, que lo primero era el campo, por eso, en las pocas veces que nos veíamos en su vida como hombre famoso, le gustaba más preguntarme por las cosechas de ñame, maíz, o de yuca que por los gustos míos frente al vallenato. Eso me señaló el primer camino de mi vida hacía el campo, antes que la música y a él eso parecía no importarle. Ahora, 35 años después, entiendo su mensaje. Él veía en el campo, las raíces más valiosas de su filosofía musical”, relata Sebastián Polo Hernández, quien se confiesa sucesor natural de su padre y dirige un

conjunto vallenato con sede en Barranquilla.

### **JUANCHO, TAN LEJOS Y TAN CERCA**

Sebastián Polo dice que vivió una vida de campesino, común y corriente, distinguido por la gente que lo saludaba con admiración, más como hijo de Juancho Polo, que como el hombre trabajador que salía todos los fines de mes de la finca El Gato, de su abuelo, al municipio de Fundación a vender la cosecha.

“Crecí trabajando la tierra con mi abuelo Juancho Polo Meriño. De Juancho Polo Valencia recibía más las noticias de sus correrías

por los pueblos que sus visitas hogareñas, pero cuando nos veíamos me presentaba con orgullo y me daba dinero. Nunca me bendijo como su sucesor y cuando me aventuré a tocar la caja o la guacharaca buscaba siempre su mirada con mucho respeto para saber si él lo aprobaba, o no. Cuando comencé a tocar el acordeón ya yo era un hombre y me encontré con el viejo por casualidad en una parranda y me miró con picardía. Ese día hizo una mueca que significaba aprobación, pero nunca me atreví a co-ger su acordeón”, dice Sebastián.

El hijo de Juancho Polo jura que su verdadera pasión siempre fue la música, pero hacía con su abuelo Juancho lo que había que hacer: sembrar, por tradición familiar. “Crecí en la finca El Gato, ubicada en la vía a Santa Rosa de Lima, jurisdicción de Flores de María, del municipio de San Angel, Magdalena. Me mataba la dulce tranquilidad de respirar el olor a tierra cuando llovía, pero la

música de mi papá me sacaba del campo. Siempre estaba en el ambiente. La colocaban a cada rato en Radio Libertad, que era la emisora que se oía allá, la escuchaba en los buses y en los bares de los pueblos. La gente hablaba de mi papá como si fuera un héroe y, cuando lo veía me sentía orgulloso de estar a su lado. Soñaba que me invitara algún día a estar con el conjunto, pero al tiempo notaba que él se sentía bien estando yo con mi abuelo”, recuerda ahora.

Por su lado, Juancho Polo Valencia, el juglar, tejía su historia de vida y dolor entre los acordes de su acordeón. Así, entre parrandas que ardían en medio de kioscos de paja atiborrados de contertulios que no preguntaban por las penas del artista popular, y correrías sin fin, conoció el amor oculto entre los ojos dulces de la joven Alicia Carrillo, a quien se llevó para su pueblo, Flores de María, sin más ni más. Todos presumieron que ahí terminaría la vida andariega del afamado acor-

deonero, pero nada más alejado de la verdad. Alicia quedó preñada y una complicación sorprendió a su marido lejos, tan lejos que la noticia tardó tres largos días en llegar a los oídos de Juancho.

“Cuando Juancho llegó con los remedios que le habían mandado a buscar, ya Alicia había muerto y estaba enterrada y el viejo se desmadejó. Quedó deshecho. No sabía qué hacer y no volvió más al rancho en donde se había instalado con Alicia. Reunió a su conjunto, tres hombres que lo seguían con los ojos cerrados a todos lados, sin preguntar a donde, y se fueron a la tumba, donde lloró por varias horas y compuso Alicia Adorada. La cantó mil veces y se marchó sin rumbo, en una sola correría sin destino. Se marchó a rodar sin frenos para morir en la casa de su hijo Sebastián”, relata emocionado Luis José Rodríguez, el cajero que desde los doce años de edad acompañó a Juancho Polo Valencia y ahora es fiel compañero de su hijo Sebastián Polo.



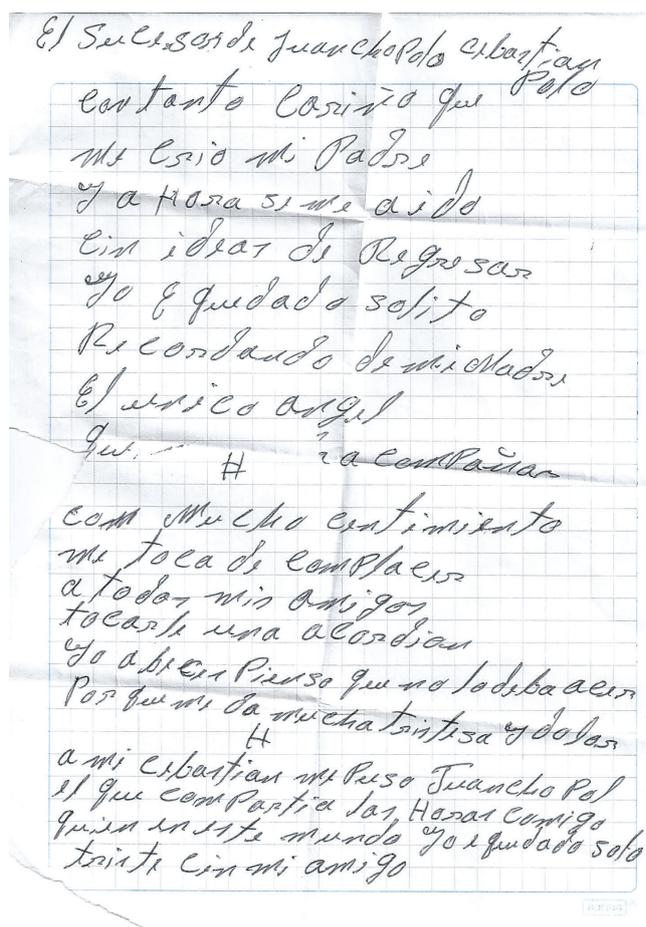
En sus presentaciones, el hijo de Juancho Polo se hace acompañar de Luis José Rodríguez, el cajero que también estuvo con el autor de Alicia Adorada.

Carmen Carmona, la esposa de Sebastián Polo, recuerda que el viejo –varios años después– llegó un día cualquiera con su sombrero vuelto a medio lado, una camisa desgastada a cuadros que alguna vez fueron rojos, un pantalón gris, sus eternas abarcas de cuero duro, una bolsa con una hamaca enrollada y su acordeón de nácar blanco y negro terciada al hombro.

“Nosotros vivíamos en una invasión en las afueras de Fundación a la que llamábamos Paz del Río. El viejo llegó sobrio, pero se notaba que estaba muy golpeado por la vida que llevaba. Le dijo a Sebastián que se iba a quedar. Desde luego mi marido le mandó a limpiar un cuarto, pero el viejo le dijo que no. Fue enfático en decir que no iba a ser carga de nadie y abrió un cuartico frente a la casa de nosotros. Ahí dormía; pero comía, se bañaba y descansaba en la casa de nosotros. La parranda siguió, sólo que ahora tenía como base la casa nuestra”, recuerda la señora Carmona.

Lo demás fueron fiestas patronales, festivales y ruidosas parrandas familiares. Sebastián Polo se convirtió en acordeonero y se fue alejando del campo después de que su abuelo Juancho Polo Meriño vendió la finca El gato. “El viejo se iba y duraba hasta siete días tomando. Regresaba, nos daba algún dinero y se colgaba en su hamaca. No nos dimos cuenta a qué hora perdió los dientes. Cuando estaba ahí me mandaba a pedir un tinto a las cinco de la mañana y luego desaparecía por otros tantos días más”, recordó la esposa de Sebastián.

Facsímil del original en el que Sebastián escribió la canción dedicada a su padre.



## ME MIRO EN EL ESPEJO

Cierto día, Juancho Polo Valencia llegó a casa y encontró a su hijo Sebastián humeando un conejo en el patio. Dicen los nietos del juglar que lo miró de arriba abajo por varios minutos y pareció revivir en su corazón el inmenso amor que siempre profesó por ese descendiente de su casta.

“Creo que este pelao es el que más se parece a mí, en verdad. Míralo, es la viva estampa de Valencia. Ven acá mijo, colócate el sombrero así como lo uso yo... a vé. Mira, es idéntico. Parece que me estuviera viendo en un espejo...”, comentó el viejo, según los recuerdos de sus hijos.

Ciertamente. Sebastián Polo Hernández entró a los 30 años

de edad asumiendo un impresionante parecido físico con su padre. Alto, con un talante imponente. El rostro pétreo cuarteado por el sol, de profundas líneas expresivas y nariz y orejas enormes y un afán incontrolable por hablar rápido. “Muchas veces ni me entiendo yo mismo”, cuenta Sebastián en medio de risas.

Juancho Polo no era de esos hombres que se interesara por peinarse bien, o por estar perfumado. Era un hombre que vestía siempre ropa casual y lucía indefectiblemente su sombrero a medio lado, para ocultar la falta de media oreja derecha (perdida en una pelea callejera) y las abarcas de cuero duro. Su hijo, ha calcado a la perfección esos detalles que dieron forma a la vida rutinaria de su padre y ahora los hace

parte de su propia forma de vivir. Son como dos gotas de agua.

Mientras Juancho, el viejo, desgastaba su vida entre parrandas y sueños profundos de sardineles y parques, Sebastián Polo comenzó a aprender a vivir definitivamente de la música, pero procurando mantener una línea divisoria entre su padre y él. Montó un conjunto vallenato en el que el joven Luis José Rodríguez, el cajero, se mantenía como un cordón umbilical que lo conectaba siempre con la suerte de su padre.

“Yo cantaba con un tono propio, para que la gente apreciara mi estilo. Para ello comencé a componer mis canciones propias. Ya tengo unas 40 composiciones que siempre he intentado presentar a la gente que nos contrata, pero no he podido... Parece que estoy poseído por el espíritu de mi papá”, confiesa Sebastián.

### POSEÍDO POR JUANCHO

Para julio del año 1978 ya la fama de borracho de Juancho Polo era tan abrumadora como la de su talento. En las parrandas, la gente le pedía, sin importarle que él llorara, mientras cantaba, la canción que había edificado en el cimiento de su propia tragedia:

“Como Dios en la tierra no tiene amigos / Como no tiene amigo’ anda en el aire (bis) / Tanto le pido y le pido ay hombre! / Siempre me manda a mi males”.

Quienes estudiaban detenidamente sus letras entendieron que Valencia, como le llamaban, no era un borrachín inconforme y replicaban las letras de canciones con otras increíblemente

concebidas, como Lucero Espiritual.

“*Andrés Pérez, el guacharaquero de Sebastián, escuchó al niño y atravesó corriendo la calle sin pavimentar que separaba la habitación del juglar con la casa de los Polo en esa invasión. ‘Le pegó una patada a la puerta y la hizo volar. El viejo estaba muerto en su hamaca. Serenito, como si estuviera durmiendo. Eso cambió mi vida y me hizo saber cosas que sólo ahora entiendo’, admite Sebastián Polo, a quien todos apodan Chan.*”

“Lucero espiritual / lucero, lucero / lucero espiritual / Eres más alto que el hombre / Yo no sé dónde se esconde / En este mundo historial”.

Eso lo entendía perfectamente Sebastián, quien veía cada vez más lejos que el inmenso talante de su padre; o mejor, la inmensa responsabilidad de representar

a su padre, fuese a recaer algún día sobre sus hombros.

“Yo, teniéndolo de vez en cuando cerca, le preguntaba por sus letras y me decía que había que sacar tiempo para todo. El leía especialmente la biblia, pero dejaba canciones por todos lados y nunca hubo control sobre eso. Ya acá de vez en cuando me permitía tocar la caja, cuando Luis José se enfermaba o salía de pelea con el viejo. También toqué la guacharaca, aunque él no soltara el acordeón”, detalla Sebastián.

Para las fiestas patronales de Aracataca de 1978, no había acordeonero o intérprete del vallenato que se atravesara a plantarle tema a Juancho Polo Valencia. Fue la sensación de esas festividades, aunque todos se lamentaban por la forma descontrolada como el apreciado juglar tomaba con desprecio su propia vida en cada sorbo de licor.

“Sabíamos que estaba en Aracataca por las noticias de la radio. Pero él se había ido una semana antes sin decir a donde iba a estar. Por eso, cuando llegó ese 21 de julio a las diez de la noche, no nos causó impresión, aunque mandó a llamar a Sebastián enseguida”, señala, aún entristecida, Carmen Carmona.

Juancho Polo Valencia llegó silencioso. Estaba sobrio, pero se le notaba agitado y preocupado. Se instaló en su habitación frente a la casa de su hijo y lo mandó a llamar con uno de sus nietos.

“Yo estaba leyendo una revista y llegué pronto. Mi papá me miró con un inmenso amor y me entregó

su acordeón sin más ni más. Me dijo ve a esa parranda y regresa. Me dijo que lo reemplazara, no que lo acompañara; por eso, aunque todos sabían que yo soy Sebastián, el hijo, esa noche, imité su voz y canté sus canciones como sólo él lo sabía hacer”, rememora.

Y prosigue: “Esa noche sentí a mi padre en el pecho. Me fue muy, pero muy fácil lograr su tono de voz, parecía muy natural en mí. Cuando ya iban dos tandas, le dije a los asistentes que yo quería presentar mis canciones, pero no me hicieron caso. Me pidieron nuevamente Alicia Adorada, El Duende, El Pájaro carpintero, y así se terminó la parranda”, agrega.

Sebastián llegó a la casa a las dos de la mañana y se acostó. No quiso molestar a su padre y pensó: “Mejor le cuento mañana que me fue muy bien”, relató.

A las cinco en punto de la mañana Carmen Carmona despertó a Juan, uno de sus hijos, y le puso una enorme taza de café tinto caliente en las manos: “Vaya y llévele a su abuelo”, le ordenó.

El joven cuenta que llamó varias veces al anciano, pero no recibió la respuesta acostumbrada: “Ya va, ya va”.

Preocupado, empujó la puerta de madera, que estaba asegurada al marco por un lío de alambres entorchados y metió su mano hasta alcanzar la punta de la hamaca, en la que sobresalían los pies de Valencia y la empujó. “Mami, mami, mi abuelo está muerto, porque esa hamaca está muy pesada y él no se mueve ni responde”, le dijo angustiado el joven a su madre.

Andrés Pérez, el guacharaquero de Sebastián, escuchó al niño y atravesó corriendo la calle sin pavimentar que separaba la habitación del juglar con la casa de los Polo en esa invasión. “Le pegó una patada a la puerta y la hizo volar. El viejo estaba muerto en su hamaca. Serenito, como si estuviera durmiendo. Eso cambió mi vida y me hizo saber cosas que sólo ahora entiendo”, admite Sebastián Polo, a quien todos apodan Chan.

Poco a poco se le fue olvidando el tono natural de su voz y, como si recibiese una orden desde lo más profundo de su pecho, emitió la misma voz nasal que le dio vida al estilo de canto de Juancho Polo Valencia. Siempre le sucede lo mismo.

A partir de ese momento la vida artística de Sebastián se debate entre la propuesta permanente que hace a las personas que lo escuchan cantar: “les voy a presentar un tema de mi autoría... se titula...”, y la misma solicitud de esa gente por la música del viejo Juancho. “No, toca El Duende; toca El Pájaro Carpintero; toca La Prima; tócate Me robaron el Sombrero”, le piden.

Así han transcurrido 35 años en los que Sebastián no ha podido erradicar al espíritu de su padre. “Nada vale. Siempre termino siendo Juancho Polo Valencia y yo quisiera que la gente conociera a Sebastián Polo Hernández. Tengo más de 40 canciones, entre paseos, paseaítos, merengue y otras canciones. Yo soy un artista distinto a mi padre”, se queja.

“Es que estar con Sebastián es como estar con Juancho Polo Va-

lencia, es la misma vaina. Son igualitos, él canta igualito, sólo que no se emborracha como el viejo”, dice gustoso el cajero Luis José Rodríguez, quien es ciego y está con la familia Polo desde los 12 años.

Pero Sebastián no tiene nada en contra de su padre, pues tiene trabajo permanente y sigue reviviendo el orgullo que le sopló el pecho desde su niñez. No, el problema es que quisiera mostrar su propio arte.

Muestra de ello es la canción lamento que le compuso a Juancho Polo Valencia cinco años después de su muerte. La tituló El Sucesor de Juancho Polo:

*Con tanto cariño que me crió  
mi padre*

*Y ahora se ha ido sin ideas de  
regresar*

*Yo he quedado solito, recor-  
dando a mi madre*

*El único ángel que me ha que-  
dado a acompañar.*

*Con mucho sentimiento me  
toca complacer*

*A todos mis amigos al tocar el  
acordeón*

*Yo a veces pienso que no lo  
debo hacer*

*Porque eso me da mucha tris-  
teza y dolor.*

*A mi Sebastián me puso Juan-  
cho Polo*

*El que compartía las horas  
conmigo*

*Y en este mundo yo he queda-  
do solo*

*Triste muy triste sin mi amigo.*

Esta es la única canción que Sebastián ha robado del repertorio a su padre, cada vez que se presenta. ■